

tengo valor para tan grande sacrificio; perdonadme, y dejadme á solas con mi conciencia.

V.

Habia tal grandeza en las palabras, en el aspecto de don Rodrigo; rebosaba de todo ello una verdad tan terrible, que Yhay y Sayda Mirian, á pesar de la situacion terrible en que estaban, se sintieron dominados.

Sin embargo, la situacion era tal, tan extrema, tan desesperada, que Sayda Mirian sintió por muy poco tiempo y de una manera muy débil, la influencia de las palabras de don Rodrigo.

—¡Conque no hay esperanza! exclamó.

—Ninguna, señora, respondió el alcalde.

—¡Conque mis hijos van á quedar huérfanos! exclamó Mirian volviéndose de una manera suprema á la cuna donde dormian los niños. ¡Ellos huérfanos y yo desesperada!...

—¡Dios lo quiere, señora! contestó don Rodrigo con la vista fija en el suelo.

—¡No! gritó con energía Sayda Mirian. ¡Dios no lo quiere! ¡Dios no puede querer ese horror y esa injusticia! ¡Quien lo quiere, quien lo hace es el infame rey don Felipe y vos! ¡Vos, que sois su esclavo! ¡Un esclavo miserable y cobarde!

—¡Señora! exclamó don Rodrigo, á quien todo insulto irritaba.

—Basta, basta ya de palabras inútiles, dijo Yhay; lo que está escrito se cumplirá; no es el rey don Felipe el

que mata al rey don Sebastian; no es don Rodrigo de Santillana quien le lleva de la mano al patíbulo; es su destino, su fatal imprudencia, su locura. En Africa, en Venecia, en Francia ha debido morir mil veces, porque el que siempre vá buscando el peligro de una manera insensata, acaba por perecer en él.

—¡Pero esa muerte infame! exclamó ahogada por el llanto Sayda Mirian.

—El es valiente, dijo Yhay; para él la muerte no es aterradora; la ha visto muchas veces frente á frente sin temblar, la conoce; te resta un último y doloroso deber que cumplir, hermana, despues de haber arrostrado por él tantos sacrificios.

—¿Cuál?

—El de quitar sobre su alma el único temor que pueda amargar su agonía, el pensamiento de tu dolor, de tu desesperacion.

—¿Y cómo verle perecer de este modo, y no estar loca y desesperada?

—Tú eres hija y nieta de héroes y esposa de un rey muy bravo; tú no puedes entregarte al dolor como una mujer cualquiera; tú debes presentar la frente serena á la adversidad, al horror; tú debes inspirar á tu esposo la certeza de que soportas con valor el golpe para inspirarle el valor que le es tan necesario en sus últimos momentos; tú, aunque mueras despues, debes ser una heroína delante de él.

—¡Delante de él! dijo don Rodrigo.

—Si, contestó Aben-Shariar con firmeza; delante de él, porque vos vais á traerle aquí.

—¡Aquí!

—Rodeadle de guardias cuanto queráis; dejad tras de esa puerta todas las guardias que queráis; evitad que se os escape; no temáis que aquí le matemos para salvarle de esa muerte pública, no; no se trata de eso; pero vos no podéis, no debéis impedir que ese desdichado vea por última vez á su esposa y á sus hijos.

—No, no lo impediré, dijo conmovido don Rodrigo; esperad.

Y fué á la puerta, llamó, le abrieron y salió.

La puerta volvió á cerrarse.

VI.

—¡Hermana! ¡Hermana! dijo Aben-Shariar. ¡Cumple hasta el fin con tu deber como has cumplido hasta ahora! ¡Sé valiente, enjuga tus lágrimas, sé digna de tus bravos antepasados!

—¡Mi corazón es de mujer, de esposa, de madre, y yo no puedo hacer otra cosa que llorar y desesperarme!

—Pero él está loco, Mirian, está loco; la grandeza de su espíritu es ya una locura; él te comprenderá mejor; comprenderá que le amas más y que eres más digna de él, cuanto más altiva, cuanto más soberbia, cuanto más sobrepuesta á todo te encuentre. Por lo mismo que tanto le amas, Mirian, sosten con una aparente firmeza la fiereza de su alma; no la destruyas con tus lágrimas, con tu dolor de mujer, de esposa, de madre; levántate hasta el heroísmo de la locura, porque él, te lo repito, está loco; pero te ama tanto el desdichado, que tu dolor

puede acobardarle; puede hacer que la muerte le espante, y tú entonces además del dolor de perderle, tendrás el remordimiento de haber amargado su agonía haciéndola con tu dolor más terrible. ¡Luego, hermana, podrás llorar en mi seno, porque yo no estoy loco, porque yo comprendo lo que por tí pasa, porque yo también me estoy ahogando!

—Cumpliré con mi deber, dijo Sayda Mirian; pero este terrible esfuerzo que voy á hacer sobre mí misma, me vá á costar la vida. ¡Y qué importa si muere él!

—¡Dios es grande y misericordioso! dijo Yhaye.

Y no volvieron á hablar más.

VII.

Sayda Mirian empezó á transformarse.

Se comprendía que luchaba contra sí misma de una manera poderosa.

Sus lágrimas se secaron y lentamente su expresión de dolor fué sustituyéndose por una expresión de indómita altivez, de incontrastable fiereza.

Más que una mujer doblegada por la desgracia, parecía una leona cogida en una trampa, obligada á ver al cazador sin poder ensangrentarse en él.

Pero fiera, terrible, rugiente, incontrastable.

Habían pasado algunos minutos desde que había llevado á cabo aquella reacción sobre sí misma, hasta que se oyó fuera el ruido de los pasos de algunos hombres, y luego el ruido de las llaves que se desechaban, y de los cerrojos que se corrían hasta que la puerta se abrió y

entraron Gabriel de Espinosa y don Rodrigo de Santillana.

La puerta volvió á cerrarse.

Aben-Shariar vió antes de que se cerrase la puerta que habian quedado fuera algunos arcabuceros.

Gabriel de Espinosa adelantó de una manera lenta y sombría, se acercó á Aben-Shariar, le estrechó la mano y le dijo:

—Parece que esto se acaba, hermano, ó que á lo menos se nos presenta un fin trágico para obligarnos á que digamos lo que no debemos, lo que no podemos decir.

Aben-Shariar miró con asombro á Gabriel de Espinosa.

—¿Es decir, observó Aben-Shariar, que todo ese formidable aparato que están desplegando á tus ojos, no es otra cosa que un medio de que se valen para obligarte á hablar?

—Yo creo á estas gentes capaces de todo, dijo Gabriel de Espinosa volviendo su mirada hácia don Rodrigo de una manera severa, pero no puedo creer que el rey se atreva á ahorcarme; no puedo creerle tan malvado ni tan valiente que se atreva á sufrir el remordimiento que mi muerte le causaría. María piensa del mismo modo que yo sin duda; está irritada, pero serena.

—Porque los reyes no mueren, dijo Mirian, cuando no mueren en la historia; porque todo el poder de un tirano no puede traer la infamia sobre el mártir á quien despedaza. Ven acá, ven conmigo.

Y le asió de la mano y le llevó á la reja desde donde se veía la plaza.

—¿Ves, le dijo, aquellos dos palos que se levantan sobre aquel tablado, aquellas dos escaleras que se apoyan en aquella viga atravesada sobre los dos palos?

—Sí, una horca, dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa, un patíbulo infame.

—¿Y no te extremece la vista de ese patíbulo? dijo con voz terrible Sayda Mirian, fijando una mirada candente en la mirada tranquila y altiva de Gabriel de Espinosa.

—No, dijo con una fiera serenidad Gabriel.

—Ni á mi tampoco, contestó con una altivez indómita Sayda Mirian.

—Tú sabes como yo que ese patíbulo no será el lugar de mi muerte.

—No, no es eso, dijo de una manera suprema Sayda Mirian; no alientes ni una sola esperanza; estás entre las garras de un tigre sanguinario y cruel; no, no me ves valiente y fiera porque yo dude de que vas á morir allí dentro de algunas horas; no es eso, es porque yo me creería indigna de tí si sintiese un miedo que tú no sientes; que el hombre que se estremezca ante la muerte es indigno de llevar el nombre que tú llevas; es que los mártires deben marchar á su suplicio mirándole de frente sin apartar de él los ojos, sobreponiéndose á él, considerándole como el principio de una escala que les ha de llevar á la inmortalidad; espante el patíbulo en buen hora al criminal infame que marcha hácia él precedido por la sangrienta sombra de su víctima; pero un mártir no puede, no debe temblar aunque la muerte se le presente bajo un aspecto infame y rodeada de tormentos, ni la es-

posa de ese mártir puede derramar lágrimas, cuando sabe que el patíbulo es la puerta de la eterna gloria de su esposo.

Gabriel de Espinosa miró de una manera delirante á Sayda Mirian, la asió de la mano, y apartándose de la reja con ella, llegó con ella hasta don Rodrigo.

— ¡Envidiadme, dijo; aspirad en vuestra alma algo más de lo terrible que habeis aspirado desde que me conocéis! Yo creí cuando hace poco me dijisteis que Clara, el ama de cria de mi hija Gabriela, la madre de mi hijo Sebastian, queria despedirse de mí, que intentábais quebrantar mi entereza con las lágrimas, con los gemidos de una pobre mujer desesperada. Si yo la hubiera encontrado anegada en lágrimas, amedrentada, la hubiera desconocido, hubiera dejado de amarla; pero es digna de mí, digna de lo que soy, de lo que yo soy, que vos no conocéis sino para aterraros, para arrepentiros de haber nacido; ella y yo, don Rodrigo, os arrojamos á la cara, y lo mismo al rey vuestro amo, una carcajada de desprecio.

— ¡Esto es horrible, señor Gabriel de Espinosa, dijo con entereza Santillana; yo no cumpliría con mi obligación, con mi caridad y con mi honra como juez, como cristiano y como caballero, sino os dijese que esa horca que está levantada en la plaza no es un vano simulacro; que vais á morir, que es necesario que os resignéis á la muerte, que os apartéis de las vanidades, de las soberbias y de las flaquezas mundanas.

— Yo creía que sabíais ser juez á vuestra manera como puede ser un juez en negocios tales como este bajo

el dominio del rey don Felipe; pero no sabia que supiéseis ser tambien fraile capuchino agonizante.

— Decid lo que queráis, pero yo os digo la verdad, dijo creciendo en entereza don Rodrigo.

— ¡Que dices la verdad! exclamó con desprecio Espinosa. ¿Cómo puedes tú hacerme creer que voy á morir porque tú lo mandas? ¿Qué eres tú delante de mí más que un miserable gusano de la tierra? ¿Y cuándo un gusano ha podido matar á un león?

— ¡El rey, dijo Sayda Mirian, el rey te mata!

— ¡Sí, el rey te mata! dijo Aben-Shariar.

— Si el rey fuera capaz de matarme á mí seria necesario creer que el rey don Felipe estaba loco, que se atrevia á insultar el poder de Dios; que viejo ya y enfermo trocaba por unos pocos años de dominio sobre un pedazo de tierra toda su eternidad. No, esto no puede ser, no me cabe en la cabeza; esto no es más que un medio de que se valen, creyendo atterrarme, como si el terror fuera en mí posible, como si mi valor no creciera á medida que crece el peligro. No, el rey sabe quién yo soy, y no se atreverá á tanto.

— Siempre el mismo; siempre formidable é insensato; exclamó desesperado Aben-Shariar. Ya lo veis, don Rodrigo; si os quedaba alguna duda, ya no podéis tenerla.

— ¡El rey lo manda! dijo Santillana.

— Hé aquí la locura en todos, dijo Aben-Shariar; el rey está loco por ambicion; vos estais loco por lealtad, por una lealtad incomprendible, porque la sosteneis aún á costa de vuestra conciencia; y tú, hermano, estás loco de valor, de altivez, de soberbia. ¿Por qué no hablas?

¿Por qué no dices, yo soy el rey don Sebastian? ¿Por qué no presentas las mil pruebas que tienes para hacerlo creer?

—¿Quién es el traidor que dice que Gabriel de Espinosa es el rey don Sebastian? gritó Gabriel asiendo furioso una mano de Aben-Shariar y doblégándola con una fuerza incontrastable. ¿Puedes tú negar, miserable, que el rey don Sebastian no murió en Africa? ¿Puedes tú creer que si yo fuera el rey don Sebastian me vería en el lugar en que me encuentro? No toqueis á la noble memoria del rey don Sebastian; no la toqueis, sopena de mi indignacion y de mi maldicion. ¡El rey don Sebastian en manos de alcaldes! ¡El rey don Sebastian amenazado con la horca! ¿Es eso posible? ¿Puede creerlo eso nadie?

—Ved que cuando negais así afirmais que sois el rey don Sebastian, dijo el alcalde con una energía indescribible, con una solemnidad suprema; decid de una vez; yo soy el rey don Sebastian; ofrecedme una prueba pronta y clara, y derribo esa horca, y rajo la sentencia, y me declaro incompetente y os pongo en libertad, y espero tranquilo á que el rey me haga pedazos por haber cumplido con mi honor y con mi conciencia.

—¡Sí, sí! ¡Habla, habla! exclamó ansiosa Sayda Mirian; ¡habla por Dios, por el reino de Portugal, por tus hijos que duermen en aquella cama, por mí, que te amo y que todo lo he sacrificado por ti!

—El rey sabe quién yo soy, dijo Gabriel de Espinosa; el rey tiene todas las pruebas, y yo no diré una palabra más de lo que he dicho. ¿Por qué ese hombre (y señalaba

á don Rodrigo de Santillana) me pregunta quién yo soy? ¿Pues qué, no ha visto que soy cosa grande en diez meses que ha estado atormentándome, sin dejarme un momento de sosiego? ¿Me cree tan débil que lo que no he dicho al principio vaya á decirlo ahora? Hagan de mí lo que quisieren; que sea cual fuere mi fin, Dios y el rey saben la verdad, y Dios me premiará, y el rey tendrá un crimen más de que dar cuenta á Dios. Concluyamos: si he de morir dentro de algunas horas, adios, Maria; no llores por mi muerte; porque la muerte es para mí el eterno premio de una vida de dolorosos afanes: no llores, porque pronto nos volveremos á ver en la eternidad para no separarnos nunca; porque si yo muero hoy, tú me seguirás muy pronto.

—¡Ah, sí! exclamó de una manera delirante Mirian, arrojándose en los brazos de Gabriel.

—Hermano, dijo Gabriel tendiendo una mano á Yhaye; si yo muero, nuestros hijos quedarán muy pronto huérfanos; vela por ellos, Yhaye, pero no les hagas concebir jamás ni la más leve sospecha de que son hijos de un rey desventurado: es decir, añadió precipitadamente Gabriel, de que tú has creído que su padre era un rey.

—Vuestros hijos, señor Gabriel de Espinosa, dijo conmovido Santillana, quedan bajo el amparo de la corona de España; os lo digo á todos bajo secreto, á que espero no faltareis; fuera de España vivirán; pero una mano misteriosa velará por ellos. Este es un encargo que yo he recibido del rey nuestro señor, y que cumpliré desde el momento en que hayais dejado de existir.

—¡La hipocresía al lado del crimen! dijo con desprecio

Gabriel de Espinosa; se ahorca al padre, y se dá un pedazo de pan á los hijos; conozco al rey don Felipe. Acabemos; dejadme llegar á donde están mis hijos.

Sayda Mirian se separó de los brazos de Gabriel y le llevó á un ángulo de la habitacion, en donde en una sencilla cuna, dormidos, habia una hermosa niña como de tres años, y un niño como de pocos meses.

Gabriel de Espinosa contempló en silencio á los dos pequeñuelos.

Sayda Mirian miraba anhelante á Gabriel, esperando que la vista de sus hijos operase en él una reaccion.

Yhay, el terrible corsario, sostenia con una mano trémula la luz que iluminaba á los niños dormidos.

Don Rodrigo de Santillana estaba detrás á alguna distancia, de pié, apoyado en su vara de justicia, y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Gabriel de Espinosa contempló durante algunos segundos á sus hijos, y pasó por su semblante una expresion de agonía infinita.

Una sola lágrima brotó de sus ojos, y se deslizó lentamente por su semblante.

Mirian alentó una esperanza.

Luego Gabriel levantó los ojos con una mirada ansiosa, como buscando á Dios, y extendiendo las manos sobre sus dos hijos dormidos, exclamó con acento terrible:

—¡Tú, Señor, sabes la verdad! ¡Tú, Señor, me mandas que calle, y callo!

Don Rodrigo de Santillana levantó la cabeza, y dió un paso hácia Gabriel de Espinosa.

Este continuó:

—¡Muero, porque debo morir; y tú sabes, Señor, con cuánto valor, con cuánta resignacion acepto la muerte! Si se atreven á dármele, acéptala como una expiacion; que en ella acabe mi negra desventura; que no herede mi desventura el reino de Portugal; que no la hereden mis hijos.

Calló, miró de nuevo á los niños dormidos, y los bendijo en silencio.

Luego se separó de la cuna.

Al volverse, encontró delante de sí al alcalde Santillana pálido y convulso.

—¡Una palabra! ¡Una sola palabra, dijo Santillana, y vivís y sois rey!

—Basta con las que ya he dicho. Adios, María, adios. Adios hermano.

Y abrazándolos rápidamente, dijo á Santillana:

—Salgamos cuanto antes de aquí.

Un momento despues Sayda Mirian y Yhay habian quedado solos.

En aquel momento se oyó el ruido de un carruaje que se detuvo delante de la cárcel.

—¿Qué es eso? dijo Sayda Mirian pudiendo hablar apenas.

—Eso es que vamos á partir, dijo Yhay.

—¡Partir! exclamó con acento supremo Sayda Mirian. ¡Ah! ¡No! No! ¡Yo me quedo aquí! ¡Yo me quedo aquí para morir con él!

Y la faltaron las fuerzas, extendió los brazos hácia Yhay y se desmayó.

Se oyó en aquel momento el ruido de la puerta

que se abría, y apareció don Rodrigo de Santillana.

—Antes de que esta desdichada vuelva en sí, dijo Yhaye, es necesario que esté fuera de Madrigal.

—Podeis partir con ella y con sus hijos cuando queráis. Hacedme la merced, monseñor, de manifestarme el lugar en que han de residir fuera de España, á fin de que yo pueda cumplir con ellos, con la madre y con los hijos, el encargo que me ha cometido el rey.

—Les basta con la proteccion de Dios, y con la de la República de Venecia; el dinero del rey don Felipe llegaría á sus manos teñido con la sangre de su padre. Haced que avisen á mis servidores y á las doncellas que he traído conmigo, para que los trasladen al coche.

VIII.

Mirian desmayada, y sus dos hijos dormidos, fueron sacados de la cárcel y puestos en uno de los voluminosos coches de camino de aquel tiempo.

—Adios, don Rodrigo, dijo Yhaye; el dia en que os mate el remordimiento, me volvereis á ver; yo vendré para llevar en vuestra hija al Estado veneciano, otra hija adoptiva.

Y Yhaye salió, dejando aterrado á Santillana.

En la puerta de la cárcel montó á caballo, y el coche se puso en marcha, yendo á su lado Aben-Shariar, y detrás diez criados á caballo, armados á la gineta.

Cuando salían de Madrigal, empezaba á amanecer.

CAPITULO XXVIII.

Que es el más lúgubre de la historia, como que en él acontece la catástrofe.

1.

Gabriel de Espinosa no había creído fuese cierto se llevase á cabo su sentencia de muerte.

Habia dudado un momento, pero despues se habia rehecho, y á esto habia contribuido fatalmente la terrible serenidad de Sayda Mirian.

—No, no, decia Gabriel de Espinosa; si mi muerte fuera cierta, ningun poder humano la hubiera separado de mí; hubieran corrido sus lágrimas; solo desmayada hubieran podido arrancarme de sus brazos; no, es que han querido probarme de todas maneras hasta por medio de ella para aterrarme, para hacerme decir lo que no diré nunca, ni aún en la horca y ya con el dogal á la garganta.